

Nuevas tecnologías y terremotos sociales

Regresando de una conferencia me puse a conversar con el chofer del taxi que tomé en la calle. El taxista se quejaba de las desigualdades que sufren en relación a los que prestan el servicio de Uber y Taxibeat. Decía que mientras a él le exigen hacer trámites y pagos al Setame, tener su carro con partes pintadas de color, extinguidor y botiquín de primeros auxilios, a los otros no. Que además tenía que tener un carné de "seguridad vial" (primera vez que oía de esto). Que a su hermano le habían puesto una multa de 800 soles porque, aunque tenía todos esos permisos, no había sacado su brevete con la categoría profesional, pero que eso no les exigían a los de Uber y Taxibeat.

No podía sino concordar con la injusticia del trato desigual, al mismo tiempo que me parece buena política que los taxistas lleven distintivos, extinguidor y primeros auxilios. Por otro lado Uber me fascinó desde que lo vi, aunque ahora dicen que mejor es TaxiBeat porque siempre te cobra lo que te dice y no hay posibilidad de que, luego de tomada la "carrera", te reajusten por el tráfico o el tiempo transcurrido. Igual, a mí me pareció increíble eso de que te muestran un plano donde ves todos los carros alrededor de donde estás, observas cómo el carro va llegando hacia tu ubicación a recogerte y luego puedes seguir todo el trayecto hasta el destino final a medida que avanza. Además, eso de que sabes el nombre, placa y teléfono del conductor hace que los riesgos de robo en el carro sean mínimos, y puedes calificar al conductor (aunque yo soy torpe con estas nuevas tecnologías y nunca lo hago).

Hay, así, un dilema: por un lado el mejor servicio que en algunos aspectos dan estas nuevas tecnologías, por el otro sus efectos sociales y económicos disruptivos. Porque resulta que ahora hay en Lima menos incentivos que antes a formalizar un taxi: se puede ser taxista sin hacer todos esos trámites, sin extinguidor ni pintado del carro. ¿No que la formalización era fundamental y un gran objetivo del gobierno? Ojo que en varias ciudades del mundo Uber está siendo criticado, regulado y ha sido recientemente prohibido en Londres (aunque esto no es definitivo).

TERREMOTO SOCIAL MUNDIAL

Estas nuevas tecnologías tienen efectos más grandes que estas pequeñas y menores disruptores en algunos mercados que, realmente, son de menor importancia. Dos parecen ser centrales: el incremento de desigualdad y pérdida de oportunidades de las clases trabajadoras, y la injerencia sobre la privacidad y la política.

El reciente reporte de la UNCTAD –Conferencia de Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo– estima que las "sobreganancias", aquellas por encima de las normales, han aumentado de 4% del total en 1995-2000 a 23% del total en 2009-2015. Para las cien multinacionales más grandes, el aumento ha sido de 16% a 40%. Estaba de la mano con una gran concentración del mercado: entre las empresas que cotizan en bolsa, la diferencia de valor entre las cien primeras empresas y las dos mil últimas ha aumentado de 31 a 7,000 en las últimas dos décadas. Al mismo tiempo que el valor de mercado de las 100 mayores empresas se ha cuadruplicado, su empleo ni siquiera se ha multiplicado por dos. El resumen es que estamos en una economía en la que "el ganador se lleva la mayor tajada" lo que concentra ingresos y desincentiva start-ups e innovación, y al mismo



▲Protesta de taxistas limeños: pintarrajearon una flota de Uber.

tiempo va más despacio la creación de empleos.

Otro estudio, para los Estados Unidos, resalta la fuerza monopólica que tienen las empresas que dominan la información. La investigación de Mordecai Kurz, de la Universidad de Stanford, encuentra que la riqueza monopólica (por encima del mercado) de las empresas norteamericanas pasó de -0.59 trillones en 1974 a US 24 trillones en 2015, el 82% del total. Las mayores ganadoras son las empresas de tecnologías de la información,

del tipo de las cinco grandes (Microsoft, Apple, Facebook, Amazon, Google-Alphabet) y otras, que dominan ampliamente sus mercados. Según Kurz, nueve de las diez empresas con mayor riqueza monopólica se relacionan a las nuevas tecnologías de la información y la propiedad intelectual súperprotegida por las nuevas reglas de la OMC y los TLC. Debido a ese enorme poder concentrado de las empresas en la información, las ganancias monopólicas han pasado de ser poco significativas a comienzos de los 80 a ser el 23% de todos los ingresos empresariales, haciendo que los salarios reduzcan su participación. Esto coincide con los datos reportados por el FMI en un estudio reciente del que dimos cuenta en nuestro artículo en este semanario del 12 de mayo pasado.

Para agravar las cosas, estas grandes empresas eluden impuestos masivamente, usando trucos contables para transferir sus ingresos hacia paraísos fiscales. A fines de agosto pasado, Margrethe Vestager, responsable de la política de competencia de la Unión Europea, informó, luego de una investigación de casi tres años, que "Apple consiguió pagar un tipo efectivo del impuesto sobre sociedades del 1% sobre los beneficios generados en Europa en 2003 y que se redujo hasta el 0,005% en 2014" y le ha exigido a Irlanda que cobre impuestos por 13 mil millones de euros a esta empresa. Por su parte Facebook pagaba en el Reino Unido menos impuestos que lo que

pagaba cualquier trabajador individualmente hasta el 2014, algo ridículamente bajo, luego de lo cual tras, un escándalo mediático, el 2016 aceptó informar mejor de sus ingresos. Es decir, estas empresas logran enormes ganancias en virtud de su posición monopólica y casi no pagan impuestos porque, gracias a su naturaleza global, pueden eludirlos con facilidad. ¿Cuánto cobrarán Facebook y Google por anuncios en Perú y cuánto pagarán de impuestos? Seguro que acá también evaden impuestos a la mala.

Todos estos hechos resaltan un gran tema de preocupación en la economía mundial: la desigualdad. Por un lado una enorme concentración de riqueza, con los dueños de estas empresas –los famosos Gates, Zuckerberg y otros– acumulando fortunas nunca antes vistas. Por otro lado las clases trabajadoras perdiendo espacio en la distribución del ingreso, tanto en países desarrollados como en el tercer mundo. Esto es aprovechado políticamente por derechas xenófobas como Trump o los neonazis alemanes, que acaban de entrar al parlamento alemán (el Bundestag) con unos 90 diputados.

Las consecuencias sociales y políticas de estas nuevas tecnologías no se detienen allí. Por un lado, el surgimiento de redes sociales como Facebook ha permitido el surgimiento de la llamada "posverdad", o mejor dicho, que claras mentiras puedan tener aceptación y sustenten posturas discriminatorias y violentistas, como lo atestiguan los casos de abierto racismo en las redes tanto en Perú como en Estados Unidos. Pero lo más grave es que hoy resulta muy fácil la manipulación del público, desde los absurdos tuits de Trump hasta la intervención de Rusia en las últimas elecciones en contra de Hillary Clinton hackeando sus correos y haciendo campaña desde lejanos países eslavos. Tal situación no parece sino estar camino a agravarse: las grandes empresas de las tecnologías de la

información están juntando trillones de datos sobre cada uno de nosotros, que van creciendo en la medida que se desarrollan nuevas tecnologías, como el reconocimiento facial que permite que más allá de nuestra voluntad ellos sepan dónde estamos en cada momento.

En resumen, aunque las tecnologías de la información nos traen muchas ventajas, las grandes empresas que están detrás tienen un gran poder monopólico que está poco regulado, eluden impuestos y explotan nuestra información personal para su propio provecho. Además esta información es usada con efectos políticos importantes (como se presenta en la última temporada de "House of Cards").

Nada de esto, sin embargo, tiene que ser aceptado porque sí. Hay alternativas. El premio nobel de economía Anthony Atkinson, especialista en el estudio de la desigualdad, plantea en su último libro la necesidad de regular la tecnología para evitar una desigualdad excesiva. Hay un debate internacional abierto sobre qué hacer en relación con los robots y el posible efecto negativo que estos pueden tener sobre la demanda de trabajo. Circula en internet una llamada "Carta de Copenhague", que he suscrito, llamando a que se gire hacia una tecnología pensada en la humanidad.

Esto también hay que aplicarlo al Perú mirando nuestra propia y peculiar realidad. Tomemos como ejemplo el tema de la regulación de los taxis y el tránsito en Lima, que es un desastre y siempre lo ha sido. Nuestro sistema de parar taxis en las esquinas y luego negociar varios minutos la tarifa agrava los severos problemas de tráfico que tenemos, haciendo que toda una fila de carros esté parada y termine perdiendo la luz verde. Creo por eso que en Lima sistemas como el de Uber o Taxibeat pueden ayudar a mejorar el tránsito, reduciendo el tiempo en que los taxis circulan vacíos en búsqueda de pasajeros. Pero esto no debe ser algo dejado al "libre mercado" ni debe generar injusticias y riesgos innecesarios; todos los taxis deben tener su extinguidor y botiquín de primeros auxilios. Tema debatible, sin duda. Lo indudable es que debemos abrir una discusión pública sobre las nuevas tecnologías y cómo orientarlas en bien del desarrollo y la calidad de vida en nuestro país, o podemos terminar muy lejos de donde nos gustaría. ■

SEGÚN KURZ, NUEVE DE LAS DIEZ EMPRESAS CON MAYOR RIQUEZA MONOPÓLICA SE RELACIONAN A LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS DE LA INFORMACIÓN Y LA PROPIEDAD INTELECTUAL SUPERPROTEGIDA POR LAS NUEVAS REGLAS DE LA OMC Y LOS TLC